

**El río Magdalena
desde las representaciones
de los viajeros, 1850 - 1882.
Transitar para representar,
representar para domesticar**

Yenli Margarita Arias Chaves
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

Número Especial

Noviembre de 2017

ISSN: 2422-0795



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



El río Magdalena desde las representaciones de los viajeros, 1850 - 1882. Transitar para representar, representar para domesticar

Yenli Margarita Arias Chaves*

Resumen

A partir del análisis de los relatos y las representaciones iconográficas de algunos viajeros que transitaron por el río Magdalena, se pretende hacer una reflexión en torno a la concepción cultural del mundo natural, tanto desde el prisma civilizatorio como desde la construcción estética del paisaje. Más allá de reconocer la innegable riqueza estética de los relatos de viajeros, la intención es comprender la potencia política de estos regímenes de representación, entendidos como artefactos de saber-poder que legitiman y tejen una relación dialéctica con los imaginarios sobre los que se erigió el proyecto de construcción del Estado-nación en el siglo XIX.

Palabras clave

Relatos de viajeros, río Magdalena, representación, naturaleza, civilización.

* Estudiante de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, correo: ymariasc@unal.edu.co.



Introducción

Este trabajo de investigación pretende elaborar un análisis de diferentes representaciones de algunos viajeros que transitaron por el río Magdalena entre los años 1850 y 1882. Es fundamental reflexionar en torno a su experiencia —retratada en cada relato e imagen— y entender que esta no es más que una expresión de su tiempo, sus prejuicios y sus propias concepciones del mundo. No se quiere hacer un análisis puramente estético de las obras, ya que lo que se quiere demostrar es la potencia política que estas representaciones albergan y la importancia y el significado efectivo que tuvieron en el proceso de formación de un imaginario y un proyecto de nación.

Los relatos de viajeros son documentos de enorme belleza y tal apasionamiento que permiten al lector una conexión casi visceral con las experiencias del viajero, pues a través de sus líneas recrean olores, sensaciones, sabores, escenarios, etc., que cautivan los sentidos y permiten una vivencia compartida de las experiencias. A su vez, son documentos de inmensa riqueza histórica, pues dan pie para el análisis de múltiples fenómenos y escenarios.

El presente trabajo tiene como objetivo lograr una reflexión en torno a la concepción cultural del mundo natural, tanto desde el prisma civilizatorio como desde la mirada contemplativa y estética del paisaje. Además, entender cómo las categorías dicotómicas propias del discurso occidental fueron aplicadas permanentemente en la descripción del territorio, entre otras, naturaleza-sociedad, civilización-barbarie y salvajismo-progreso.

La naturaleza opera como marco interpretativo de la sociedad y tiene un papel fundamental en la organización y la explicación del mundo social y cultural. Es por este motivo que en el siglo XIX, en el contexto de construcción de la nación colombiana, el determinismo geográfico —entendido como una relación determinante entre el clima, la raza y las formas de vida—, ocupa un lugar esencial en la constitución de los imaginarios y los discursos de nación. Teniendo en cuenta que la configuración de lo uno opera siempre en función de la configuración de la otredad, el proceso de formación de la conciencia colectiva se fundó sobre principios de diferenciación fundamentales (en relación absoluta con la concepción de la naturaleza): jerarquía espacial, que dotaba a la cordillera de los Andes de superioridad connatural sobre las tierras bajas o calientes en términos morales, económicos, políticos, culturales, entre otros; y jerarquía racial, que determinaba un rango superior de las gentes blancas sobre el resto de razas, estableciendo una diferencia social y moral intrínseca a la raza: “la geografía humana de la nación escindida en dos grandes territorios: los Andes,



habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las selvas y los grandes llanos, habitados por las razas incivilizadas e inferiores”.¹

Así pues, la nación colombiana se erigió sobre marcados discursos de diferenciación ligados a unas geografías racializadas y unos territorios fraccionados. Bajo este panorama, se analizarán los relatos de viajeros entendidos como discursos de saber-poder, que legitiman y tejen una relación dialéctica con los imaginarios sobre los que se erigió la nación.

Respecto a la temporalidad elegida, puede decirse que es a partir de 1850 que empieza a gestarse una mentalidad modernizadora en superación definitiva de los esquemas de sujeción colonial. En términos económicos, dicho período se caracteriza, siguiendo a Jorge Orlando Melo, por una fase de expansión y diversificación de las exportaciones colombianas en la que, sin lugar a dudas, el río Magdalena juega un papel determinante al ser el principal camino hacia el mercado mundial, el camino hacia el progreso. Lo anterior es fundamental para la reflexión del presente trabajo, ya que dicho crecimiento económico implica una nueva lectura del medio natural y una resignificación del territorio en la que las “tierras salvajes” entran al escenario de las esperanzas del país. En este contexto, la inquietud por el territorio (por su conocimiento, su control, su potenciamiento y la delimitación de sus fronteras —tanto físicas como sociales—) lleva al mayor proyecto de conocimiento geográfico hasta ese momento: la Comisión Corográfica (1850-1859).

A la luz de las reformas de preponderancia liberal que atraviesan el período demarcado, tienen auge los proyectos de navegación a vapor en el río Magdalena por parte de empresarios extranjeros y colombianos. Esto es un elemento importante de reflexión, pues interesa fundamentalmente la mirada cultural de la naturaleza que los viajeros imprimen sobre este momento culmen en el proceso de las transformaciones culturales, sociales y físicas que atravesó el país en el siglo XIX.

1. Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano* (Bogotá: Editorial Planeta, 2005), 25-26.



1. El río Magdalena y sus viajeros

El río Magdalena surca con sus aguas la compleja geografía del país. Ha sido musa de inspiración de poemas, canciones, novelas e incluso proyectos de nación. En el siglo XIX tenía un lugar fundamental en el escenario del porvenir de la nación colombiana, ya que era la única vía que conectaba el interior con el mar. Por ende, era el camino que ponía en contacto la incipiente economía colombiana con la anhelada economía-mundo. Fue por este motivo que desde las primeras décadas del siglo XIX se intenta llevar a cabo el proyecto de navegación a vapor, medida técnica que llevaría el progreso a las magnas aguas colonizadas por canoas y champanes. Sin embargo, el carácter inestable que signó a la temprana nación republicana con ocho guerras civiles e incontables conflictos regionales, hace que el proyecto de navegación a vapor se dilate y entorpezca durante las primeras décadas del siglo. Hasta la segunda mitad del siglo XIX, los impulsos modernizadores propios del régimen liberal y el crecimiento de la economía agroexportadora, llevan a una intensificación y una cierta regulación de la navegación a vapor, que sin embargo no deja de tener múltiples complicaciones por motivos de presupuesto y por razones propias de la compleja naturaleza del río.

En los relatos de viajeros que se estudiaron queda en evidencia que aunque estuviera en función la navegación a vapor, el río siempre presenta obstáculos imposibles de superar por las grandes máquinas (que además son manejadas por capitanes inexpertos en navegación fluvial); por lo cual, los viajeros debían pasar tortuosos días navegando en champanes conducidos por bogas, quienes superaban los obstáculos impuestos por la naturaleza haciendo uso de sus saberes y sus dinámicas de navegación tradicional.

El caudal del Magdalena es inmenso, sólo en las épocas de grandes lluvias no ofrece dificultad. La naturaleza de su lecho arenoso y movable, que forma bancos con asombrosa rapidez sobre los troncos inmensos que arrastra en su curso, arrebatados por la corriente a sus orillas socavadas, su anchura extraordinaria en algunos puntos que hace extender las aguas en lo que se llaman regaderos, sin profundidad ninguna pues rara vez tienen más de cuatro pies; la variación constante en la dirección de los canales, determinada por el movimiento de las arenas de que he hablado antes; los rápidos violentos, llamados chorros, donde la corriente alcanza hasta catorce y quince millas: he ahí los principales inconvenientes con que ha tenido que luchar para establecer de una manera regular la navegación del Magdalena, única vía para penetrar al interior.²

2. Miguel Cané, *En Viaje (1881-1882)* (París: Librería de Garnier Hermanos, 1884), 68.



Como es de suponer, el paso por el río Magdalena era prácticamente obligado para los viajeros que deseaban, por uno u otro motivo, ingresar en el territorio colombiano. Obviamente, las percepciones de estos viajeros se diferencian entre sí según su profesión y el motivo de su viaje. Sin embargo, todos comparten unas influencias conceptuales respecto a la naturaleza del río, herencias de Alexander Von Humboldt o los viajeros de la primera mitad del siglo XIX y comparten también una sensación de fascinación ante la magnificencia del río. Por ello, cabe hacer una síntesis de quiénes son los viajeros que se estudiaron y cuáles son sus motivaciones: Miguel Lisboa, Charles Saffray, Salvador Camacho, Alfred Hettner, Manuel Ancízar, Isaac Holton y Miguel Cané.

Tabla 1. Síntesis y motivaciones de los viajeros.

NOMBRE	NACIONALIDAD	PROFESIÓN	MOTIVACIÓN
Miguel María Lisboa	Brasileño	Diplomático	Razones políticas
Charles Saffray	Francés	Médico y botánico	Curiosidad científica Publicación de sus relatos en Le Tour du Monde.
Salvador Camacho Roldán	Colombiano	Político, abogado, periodista e intelectual	Viaje a Estados Unidos Mirada sociológica
Alfred Hettner	Alemán	Geógrafo	Fascinación por América del Sur
Manuel Ancízar	Colombiano	Escritor, político, periodista y profesor	Comisión Corográfica (labores sociales y estadísticas)
Isaac F. Holton	Estadounidense	Botánico	Interés en la flora tropical
Miguel Cané	Argentino	Político y escritor	No especificado

Fuente: Elaboración a partir de los textos consultados.

Continuando con el tema de la navegación, cabe caracterizar en este punto los dos tipos de sistemas de tránsito por el río, representados por los viajeros.

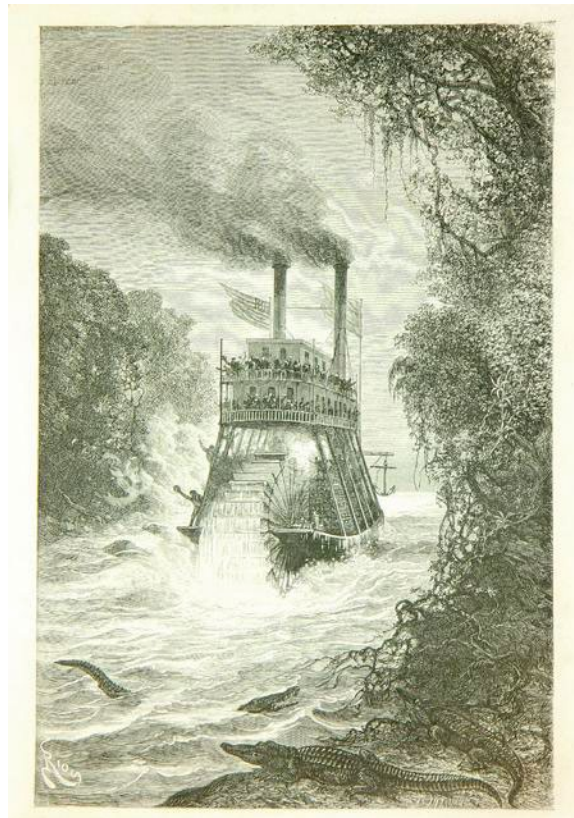


1.1. Navegación a vapor

Entre Barranquilla y Honda, el vapor tardaba entre ocho y nueve días. Los vapores tenían tres pisos abiertos a todos los vientos, su fondo presentaban el mismo aspecto que el de las canoas, funcionaba por medio de un propulsor que salía de los sistemas conocidos de la hélice y las ruedas laterales que iban atrás del buque, girando sobre un eje fijo. Era una embarcación de carga, que, entre otras cosas, no tenía baño a bordo.

[...] He visto gente comer como cerdos en barcos que navegan en aguas occidentales, pero nunca había encontrado peor servicio. Richard el camarero es un negro jamaicano de muy buena voluntad, pero tenía dos ayudantes indios completamente estúpidos. Es supremamente difícil conseguir buenos meseros. Los que me tocaron a mí casi no entendían español, y tampoco podían hacerse entender.³

Figura 1. Edouard André, “Le passage de l’Angostura”, 1896.



Fuente: Edouard André, “Le passage de l’Angostura” (Bogotá, 1896), Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/272.htm> (consultado: 21 de abril de 2016).

3. Isaac Holton, *Veinte meses en los Andes* (Bogotá: Publicaciones Banco de la República, 1981), 60.



A pesar de las incomodidades que todos los viajeros manifiestan sobre la navegación a vapor, es un hecho que la misma representa un símbolo de civilización, el ingreso del progreso en las salvajes aguas del Magdalena, la promesa de un porvenir de bienaventuranzas. Aquí, una conversación entre Rufino Cuervo y un pasajero francés:

— He aquí un destello de civilización que sobre los desiertos de la América equinoccial despide la Europa. Se acortarán las distancias con la Europa, se soportarán fácilmente los frutos granadinos, y a la soledad y la muerte de estos bosques sucederán el cultivo, el comercio y la vida [...]—. El patrimonio granadino, unido al espíritu emprendedor de los ingleses, se esfuerza en luchar contra la naturaleza y metamorfosear el aspecto material de este país.⁴

Evidentemente, esta concepción de la navegación a vapor responde al ideal de progreso instalado en la dicotomía naturaleza-civilización, según la cual debe emprenderse una lucha contra la naturaleza, para domesticarla y transmutarla en una herramienta de los intereses económicos del hombre. Sin embargo, la conversación continúa y quien interpela pone en escena una realidad insoslayable, una idea que puede concebirse como una resistencia ontológica de la naturaleza a los avances del progreso: “Pero blanco, dijo con sorna el boga consabido, con estos buques no podrán hacer ustedes todo lo que dicen, y por mucho tiempo sólo el pecho del boga vencerá la corriente y los caprichos del Magdalena”.⁵

1.2. El champán

Son embarcaciones construidas de principio a fin con elementos de la naturaleza: el tronco de un solo árbol, aros de madera elástica que hacen las veces de techo y hojas de palma que cubren la embarcación. Tienen una capacidad de doce a catorce toneladas. El trayecto de Barranquilla a Honda posee una duración de cuarenta y cinco a sesenta días. Es manejada por un grupo de doce a dieciséis individuos llamados bogas, sobre los cuales nos referiremos en extenso más adelante. “Era un viaje tan largo y penoso que la generalidad de los viajeros hacía confesión general y otorgaba testamento antes de emprenderlo”.⁶

4. Rufino Cuervo, “El boga”, en *Crónica grande del río de la Magdalena, recopilación, notas y advertencias por Aníbal Noguera Mendoza* (Bogotá: Ediciones Sol y Luna, 1980), 515-517.

5. Cuervo, “El boga”, 515-517.

6. Salvador Camacho, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* (Bogotá: Publicaciones Banco de la República y Archivo de la Economía Nacional, 1973), 128.



Figura 2. Charles Saffray, "Le champan", 1869.



Fuente: Charles Saffray, "Le champan" (Bogotá, 1869), BLAA, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/156.htm> (consultado: 21 de abril de 2016).

Seguimos con el relato del argentino Miguel Cané:

Hasta hace unos treinta años, el río se remontaba por medio de champanes, esto es, grandes canoas, sobre cuya cubierta pajiza los negros bogas, tenidos sobre los largos botadores que empujaban con el pecho, conducían la embarcación por la orilla, en medio de gritos, denuestos y obscenidades con que se animaba el trabajo. El viaje de esta manera, duraba en general tres meses, al fin de los cuales el paciente llegaba a Honda con treinta libras menos de peso, hecho pedazos por los mosquitos, hambriento y paralizado por la inmovilidad de una postura de ídolo azteca.⁷

Aunque estos dos son las formas principales de navegación, Saffray amplía el panorama: "La navegación es bastante activa y pintoresca":

- I. Vapores ofrecen un servicio regular cuando la política y los pronunciamientos lo permiten.
- II. Balsas de bambú o del *Hibiscus tiliaceus*, madera ligera como el corcho. En estas balsas se transportan alimentos, principalmente frutas. Su uso es temporal: la mercancía llega a su destino

7. Cané, *En Viaje (1881-1882)*, 69.



y se abandona la balsa. III. Bongos: Grandes piraguas construidas con troncos de árboles. Pueden contener de sesenta a setenta toneladas de mercancías. Se emplean para abastecer los mercados que hay a lo largo del río. IV. Champán: bongo de gran tamaño protegido por un tejado de caña y de hojas de palmera: es la más pintoresca de las embarcaciones del Magdalena.⁸

2. La doble suerte de la naturaleza

En el proceso de configuración de un *uno* en contraposición a *otro* —construidos de forma simultánea—, también tiene lugar la definición de un territorio asumido como propio, nacional, interno; y un territorio *otro*, es decir, un territorio heterotópico definido en un escenario aparte de la narrativa nacional. Uno de estos territorios es el río Magdalena. Respecto a este, se puede entender una relación donde se superponen dos discursos: el primero, mencionado anteriormente, en el que es concebido como una despensa, una promesa del porvenir, etc. Y el segundo, marcado por la cuestión de la jerarquización espacial, determinada por la diferencia altitudinal, es decir, un territorio signado con el sello de las tierras altas: tierras enfermas, salvajes, envenenadas, etc. En este sentido, es posible pensar en una doble suerte de la naturaleza: un destino utópico (tierra porvenir) y un destino heterotópico (tierra salvaje).⁹

Ambos destinos tienen un punto de inflexión y es la necesidad de civilización: apropiarse de ella mediante la praxis y el aparato simbólico-hegemónico de la nación. Leemos en Ancízar, sobre Ocaña:

En las llanuras extendidas al pie de este ramal y limitadas por el gran río, el temperamento es cálido y los miasmas que se levantan de las ciénagas y pantanos producen fiebres intermitentes, peligrosas para el extranjero, que, además, tendría que sufrir el tormento de los zancudos y jejenes que pueblan el aire en las tierras periódicamente sumergidas; con el transcurso del tiempo y la mayor población, abatido el bosque y desaguados los pantanos, desaparecerán estos inconvenientes y las mencionadas llanuras serán el criadero de numerosos rebaños, que alternarán con haciendas de café y caña fundadas en las faldas de la serranía. Las riberas del Carare y el Catatumbo, oscurecidas con selvas donde los despojos vegetales fermentan bajo un sol abrasador, son malsanas y húmedas en extremo, por no circular libremente el aire al través del espeso y entretejido follaje que sobrecarga el suelo; ellas suministrarán a la industria preciosas maderas de construcción y adorno, resinas y bálsamos fragantes, cuyas virtudes apenas comienzan a ser conocidas.¹⁰

8. Saffray, "Hasta Nare", en *Crónica grande del río*, 54.

9. Álvaro Villegas, "Heterologías: pasado, territorio y población en Colombia, 1847-1941" (Tesis de doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2012), 144.

10. Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha: por las Provincias del Norte de la Nueva Granada, en 1850-51* (Bogotá: Echeverría, 1853), <http://banrepcultural.org/blaavirtual/historia/perealalpha/perealalpha38.htm> (consultado: 21 de abril de 2016).



3. Cuadros de la naturaleza tropical

Las tierras *otras*, que desde el interior llevaban el rótulo de “tierra caliente” o “tierras bajas”, desde el exterior llevan la etiqueta de “El trópico”, en una noción de América como salvaje. Así pues, la espina dorsal del país, punto de confluencia y símbolo de unidad nacional, está marcado por unos juicios morales que según Villegas se anteponen y dan lugar a los juicios estéticos.¹¹

Está claro que la construcción de una perspectiva estética y la creación de un paisaje no son más que formas de dominación simbólica de un determinado territorio o una determinada naturaleza. El paisaje tropical, tan nombrado y exaltado por los viajeros, es un constructo cultural, una forma de imposición de un discurso hegemónico, una forma de anulación de saberes y prácticas *otras*. Así mismo, es una estrategia para encasillar lo inasible, es decir, un camino hacia la dominación. Gran parte de los viajeros desean transitar por el río Magdalena siguiendo las instrucciones experimentales de Humboldt.

El paisaje tropical está compuesto por una variedad infinita de flora y fauna (especialmente caimanes y zancudos), un calor infernal, una exuberancia inimaginable y una presencia latente de fiebres y enfermedades diversas. Ante este escenario, los viajeros se abandonan en una experiencia sublime de la naturaleza, de la cual surgen maravillosos relatos, pero a su vez, un imaginario de la naturaleza como potencia incontrolable que apabulla cualquier posibilidad de civilización:

El vapor sale por fin del Banco y la selva magnífica e interminable reemplaza a la muchedumbre abirragada en el puerto. Vamos río arriba, las poblaciones y los grupos de niños en las orillas se vuelven cada vez más escasos y pequeños. Parando los motores y la selva es tan espesa que cuando el boga salta a la orilla para atracar, apenas sí encuentra donde pararse. Hay muchísima Heliconia, que aquí llaman lengua de vaca, pertenece a la familia del plátano, del arrurruz y del jengibre, pero es el género más común de todos. Sus hojas anchas, horizontales y venosas, junto con las de las palmas y las de las pandanáceas, son el único indicio claro de que el paisaje es tropical. Avanzamos todo el día siguiente, parando solo para cargar leña. No entiendo por qué estas fértiles riberas por las cuales pasan semanalmente barcos permanecen casi inhabitadas y sin comercio. Para un americano este fenómeno es incomprensible, educado como está en el principio de economía política según el cual el tráfico engendra comercio.¹²

Como condición *per se*, en el paisaje tropical no hay lugar para la civilización, el ser humano no responde a ninguna organización social. Se abren dos perspectivas: el habitante

11. Villegas, “Heterologías: pasado, territorio y población”, 115.

12. Cané, *En Viaje (1881-1882)*, 65.



riberaño es exiguo o es en sí mismo parte del paisaje tropical y existe en cuanto condición natural, pero no como ser social:

Pesa sobre el espíritu una influencia enervante, agobiadora y para la menor acción, es necesario un esfuerzo poderoso. Desde que he pisado las costas de Colombia, he comprendido la anomalía de haber concentrado la civilización nacional en las altiplanicies andinas, a trescientas leguas del mar. La raza europea necesita tiempo para aclimatarse en las orillas del Magdalena y en las riberas que bañan el Caribe y el Pacífico.¹³

En las líneas escritas por el intelectual cartagenero Manuel María Madieto resuena el imaginario de “El trópico”, construido desde una mirada eurocéntrica del mundo: “yo veo serpientes que tus aguas surcan, cuyos matices a la vista encantan, y oigo el ronquido del hambriento tigre rodar sobre tu margen solitaria; mientras salvaje el grito de los bogas que entre blasfemias sus trabajos cantan, vuela a perderse en tus sagradas selvas que aún no conocen la presencia humana”.¹⁴

4. La naturaleza y sus gentes

En el mismo sentido en el que se pretende un proceso para domesticar simbólicamente el territorio y la naturaleza, los habitantes ribereños (representados bajo dos perspectivas: insignificancia o naturalización) entran en la lógica de aquello otro que debe ser civilizado bajo una perspectiva de productividad y orden moral. Tanto en los relatos como en las expresiones pictóricas, se hace una representación fantasmagórica del otro.

[...] el río Magdalena está casi todo inculto, y apenas se ven señales de trabajo humano en las vecindades de sus aldeas y pueblos. Su población es de raza mixta, de carácter dócil, sencillo y supersticioso [...]. En general los habitantes del Magdalena son macilentos [persona que ha perdido el color rosado habitual de la cara y se muestra demacrada y sin vigor], como consecuencia de las fiebres que asolan la región cuando las crecientes ceden; y es muy frecuente el defecto del coto. Me sorprendió la generalidad del uso del tabaco; raro fue el hombre que vi sin él en la boca, lo mismo que muchísimas mujeres, no sólo de clase ínfima sino de la que pudiera llamarse media; y muchísimos niños.¹⁵

13. Holton, *Veinte meses en los Andes*, 71.

14. Camacho, *Notas de viaje*, 129-131.

15. Lisboa, “A partir del remolino”, en *Crónica grande del río*, 40.

Figura 3. Edouard André, “Cases et habitants du bas Magdaléna”, 1869.



Fuente: Edouard André, “Cases et habitants du bas Magdaléna” (Bogotá, 1869), BLAA, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/271.htm> (consultado: 21 de abril de 2016).

La representación de la población ribereña está ligada a tres categorías esenciales que son: la negación material de su existencia (territorio vacío), la negación simbólica de su existencia (territorio inculto) y el salvajismo como guía fundamental de su *ethos*.

Aquellas tierras espléndidas, que hacen brotar a raudales de su seno cuanto la fantasía humana ha soñado en los cuadros ideales de los trópicos, podrían ser llamadas, en antítesis a la frase de Alfieri, el suelo donde el hombre nace más débil y escaso. Todo a lo largo del río no se encuentran sino pequeña y miserables poblaciones, donde las gentes viven en chozas abiertas, sin más recursos que un árbol de plátanos que los alimenta, una totuma cuyos frutos les suministran todos los utensilios necesarios a la vida y uno o dos cocoteros. Los niños, desnudos, tienen el vientre prominente, por la costumbre de comer tierra. El pescado es raro, el baño desconocido, por temor a los feroces caimanes, la vida, en una palabra, imposible de comprender para un europeo. Los pocos blancos que he observado en la costa, tienen un color pálido terroso y parecen espectros ambulantes, las fiebres los han consumido.¹⁶

No se debe perder de vista en ningún momento que los juicios estéticos se sostienen sobre juicios morales. Así pues, estas representaciones de la población ribereña tienen un sustento ideológico entendido desde las dicotomías mencionadas. La naturaleza sobre la sociedad y el salvajismo sobre la civilización llevan a una representación del ribereño como ser facilista, perezoso, sin ningún valor por el dinero, la familia o la moral.

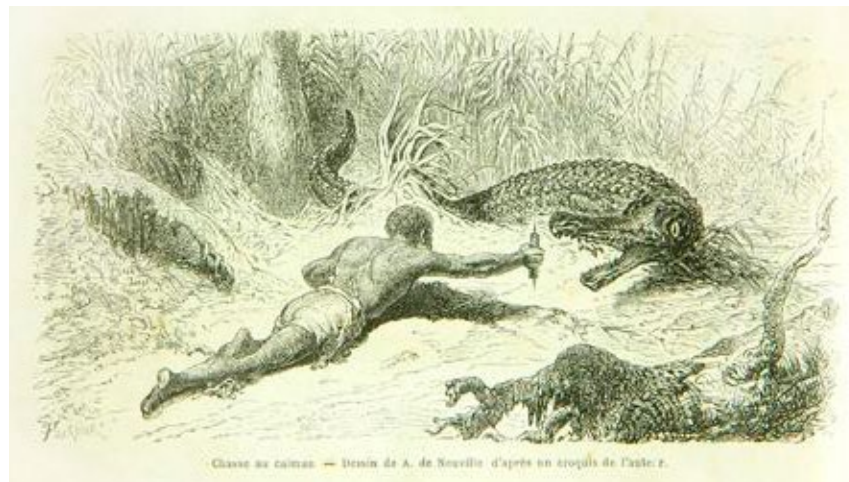
16. Cané, *En Viaje*, 73-75.



Por su parte, el boga es el tipo humano que se representa con más obsesión en los relatos de los viajeros. Representa la imagen del negro fuerte y salvaje, sin ningún tipo de organización social, ambiciones y fortalezas más allá de su fuerza. Así, se reduce cualquier forma de existencia social a unas categorías ligadas a un contexto natural e incluso bestial:

Los bogas (de quienes decía Bolívar eran los animales más parecidos al hombre que él conocía) no pueden trabajar sino desnudos, y acompañando sus enérgicos movimientos con un alarido continuado que se asemeja mucho al latido de una numerosa fila de perros. Las obscenas palabras que pronuncian, la manera brutal como en sus juramentos mezclan lo sagrado y lo profano, causan al mismo tiempo horror y risa por la originalidad de las combinaciones. Pretenden que su vocería es indispensable, llamando a su gritería ahogar el cansancio, y que el ejercicio agitado y violento de manejar los palos le hiere la piel cuando esta va cubierta con cualquier tela. Los gritos incesantes de los bogas, la confusión de sus movimientos, las vueltas que sobre sus cabezas dan a las palancas, la fuerza y la energía con que se ven muchas de ellas al mismo tiempo fijas en el barranco del río o contra las elevadas ramas de un árbol, hacen recordar los cuadros de un combate de salvajes.¹⁷

Figura 4. Charles Saffray, "Chasse au caïman", 1869.



Fuente: Charles Saffray, "Chasse au caïman" (Bogotá, 1869), BLAA, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/163.htm> (consultado: 21 de abril de 2016).

Ancízar retrata perfectamente ese imaginario decimonónico ligado al determinismo geográfico, según el cual el clima, la raza y el nivel de civilización son elementos inseparables:

La raza blanca no puede soportar esta temperatura, y vegeta en ella sin salud ni energía; cruzada con la africana produce una casta de atletas que reciben con gusto sobre sus cuerpos semidesnudos los

17. Lisboa, "A partir del remolino", 38.



quemantes rayos del sol y los aguaceros repentinos, y duermen a cielo abierto a pesar de la oscilación de 10 a 12° que en el curso de la noche tiene la temperatura atmosférica; esta casta será perpetuamente señora de la extensa hoya del Magdalena, cuya fertilidad, que debemos llamar excesiva, mantendrá siempre en la infancia las artes de la civilización. Así, por virtud del clima, predomina la sangre africana en los pueblos que ahora recorremos, y prospera con sus costumbres libres, sus hábitos indolentes y su indiferencia por los goces morales e intelectuales, cuya consecución afana tanto y ennoblece a los hijos del Cáucaso [...]. Fácil vida que ahorra las penas del trabajo y aleja las inquietudes de la previsión, pero que también prolonga indefinidamente la barbarie. Las instituciones políticas, las leyes, llegan allá como un ruido de palabras; el alcalde manda según su voluntad, cuando encuentra quién le obedezca; el cura, semejante a las palmas ahogadas por el matapalo, cede a lo que le rodea, se barbariza, se hace comerciante o logrero, y acaba por olvidar sus votos y gazmoña educación de seminario; como cierto párroco de Casanare, que en 1847 salió a catequizar los indios guahivos y ellos lo catequizaron haciéndole abandonar el vestido, tatuarse el cuerpo y proclamarse cordialmente salvaje. Lo fuerte absorbe sin remedio a lo débil.¹⁸

Conclusión

En el transcurso de la investigación queda en evidencia que la representación de la naturaleza y del otro es en sí misma un artefacto de poder. Los viajeros y sus imaginarios concentran una potencia estética/política, a través de la cual legitiman e influyen los discursos hegemónicos en el proceso de construcción del Estado-nación. La representación estética que se cimienta en un juicio moral conlleva a una dominación y domesticación simbólica: domesticación de las aguas, la naturaleza y las gentes. El discurso de la civilización es el ingrediente fundamental en los relatos de los viajeros, en el contexto de la creación de los imaginarios que dan cuerpo a la nación y que incluso sobreviven hasta hoy, tanto en las leyes como en la cotidianidad.

Como siempre sucede con los ejercicios investigativos realizados en el pregrado, el tiempo no permite ahondar en los fenómenos estudiados. Sin embargo, el ejercicio dejó en quien escribe múltiples aprendizajes e infinitud de nuevos interrogantes. El camino de la investigación del territorio y la naturaleza resultó ser absolutamente apasionante. Además, si se tiene en cuenta la responsabilidad política de la Historia, este tipo de estudios se destacan por su innegable potencia cultural y política.

18. Ancizar, *Peregrinación de Alpha*.



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia